

Los tres segundos se llamaban: Poltrot de Meré, Baubigny de Mezieres y Montesquiou.

Sin duda la Providencia, en sus inescrutables designios, había querido reunir en la posada del *Caballo rojo* aquellas seis personas.

## I

## MARCHA TRIUNFAL DEL PRESIDENTE MINARD

El martes 18 de diciembre de 1559, ó sea seis meses después de la fiesta del *Landi*, sobre las tres de la tarde, cabalgando sobre una mula de mezquina apariencia, que denunciaba la avaricia de su propietario, caminaba en dirección á su casa por la antigua calle del Temple, el señor Antonio Minard, uno de los consejeros del Parlamento.

Este personaje, respecto al cual llamamos la atención de nuestros lectores, era grueso y rechoncho, representaba unos sesenta años, y dejaba flotar al viento con cierta coquetería los bucles rubios de su peluca.

Generalmente su rostro expresaba la beatitud más completa; jamás se veía en él la más ligera sombra de tristeza que pudiera oscurecer aquella frente tersa, reluciente y sin una arruga. En sus mejillas no se advertía el surco de ninguna lágrima, y, finalmente, la indiferencia egoísta y la vulgar alegría eran las únicas que habían pasado su barniz sobre el bermellón de aquella faz rubicunda, majestuosamente soportada por un cuello grueso y rollizo.

Sin embargo, el día que vamos hablando, el rostro del presidente Minard estaba muy lejos de ostentar su habitual expresión, y aun cuando no estuviera sino á unos cuatrocientos pasos de su casa, en la inquietud y en el temor que se advertía en él, reflejo sin duda de otras inquietudes interiores, parecía como que estaba dudando si podría llegar á su domicilio.

Y razón había para ello, que el populacho que servía de cortejo al digno presidente no era lo más á propósito para inspirarle alegría.

Desde su salida del Parlamento iba acompañado por una multitud inmensa que parecía experimentar un verdadero placer en motejarle.

Todo lo que había en la capital del reino cristianísimo de alborotador, descarado, desvergonzado y atrevido, parecía haberse dado cita en la plaza de Palacio para escoltarle hasta su casa.

¿Qué causas desencadenaban contra el digno señor Minard á la mayoría de sus conciudadanos?

Vamos á explicarlo lo más brevemente posible.

El señor Minard acababa de hacer condenar á muerte á uno de los hombres más queridos, y con justicia, de París; su colega en el Parlamento, su hermano en Dios, el virtuoso y honrado consejero Anne Dubourg.

¿Qué crimen había cometido? El mismo que el ateniense Aristides, el de que se le apellidase *el Justo*.

He aquí la causa del proceso incoado hacía seis meses y que acababa de terminar de un modo tan terrible para el pobre consejero.

En junio de 1559, Enrique II, á instancias del cardenal de Lorena y de su hermano Francisco de Guisa, á quienes el clero francés había nombrado enviados de Dios para la defensa y la conservación de la religión católica, apostólica y romana, publicó un edicto ordenando al Parlamento que condenase á muerte, sin excepción alguna, á todos los luteranos.

A pesar de este edicto, algunos consejeros habían hecho salir de su prisión á un hugonote; pero el duque de Guisa y el cardenal de Lorena, que deseaban la exterminación completa de los protestantes, consiguieron del monarca que el 10 de junio fuera á presidir el tribunal de justicia en la sala capitular del convento de los Agustinos, donde en aquellas circunstancias se hallaba establecido el tribunal, puesto que el Palacio real estaba preparándose para las fiestas con motivo del matrimonio del rey Felipe II de España con la princesa Isabel, y el de Margarita con el príncipe Manuel Filiberto.

Tres ó cuatro veces al año, todas las cámaras de justicia se reunían en una que se denominaba la Gran Cámara,

recibiendo ésta el nombre de Mercurial, porque se reunía los miércoles.

El rey se dirigió al Parlamento el día indicado, y abrió la sesión preguntando por qué se había puesto en libertad á los protestantes dejando de dar cumplimiento al edicto que les condenaba.

Cinco consejeros se levantaron impulsados por un mismo sentimiento, y en nombre propio y en el de sus compañeros, Anne Dubourg contestó con voz firme:

—Porque ese hombre era inocente, y ponerle en libertad, aun cuando fuera hugonote, era obrar según dictaba la conciencia humana.

Estos cinco consejeros se llamaban: Dufaur, La Fumée, de Poix, de La Porte y Anne ó Antonio Dubourg.

Este último, que se había encargado de contestar, añadió:

—En cuanto al edicto, señor, yo no puedo aconsejar al rey que lo haga cumplir; por el contrario, yo suplico que se suspendan las condenaciones que encierra hasta que las opiniones de aquellos á quienes envía tan ligeramente al suplicio sean maduramente pensadas y largamente debatidas ante un consejo.

En este momento intervino el presidente Minard, que pidió hablar particularmente al rey.

Según dicen las Memorias de Condé, «el presidente Minard era hombre astuto, cauteloso, voluptuoso é ignorante, pero gran promovedor de intrigas y facciones. Deseando hacerse agradable al rey y á los príncipes de la Iglesia romana, y temeroso que la opinión de Dubourg y de sus compañeros se hiciera paso y triunfara, procuró convencer al monarca de que los consejeros del Parlamento eran casi todos luteranos, que favorecían á éstos y que querían rebajar el poder de la corona. Y añadió también que causaba horror oír á alguno de ellos hablar de la santa misa. Que no tenían en nada las leyes y las ordenanzas reales, vanagloriándose de despreciarlas; que se vestían al estilo morisco; que la mayor parte de ellos, si bien asistían con frecuencia á las asambleas, en cambio jamás iban á misa, y que si no se cortaba de raíz el mal desde aquella sesión, la Iglesia estaba perdida.»

Poderosamente ayudado por el cardenal de Lorena, sorprendió, irritó y fascinó de tal manera al rey, que éste, fuera de sí, llamó al caballero de Lorges, conde de Mont-

gomery, capitán de la guardia escocesa, y á M. de Chavigny, capitán de sus guardias ordinarias, ordenándoles que inmediatamente pusieran presos á los cinco consejeros y los condujeran á la Bastilla.

Apenas verificada esta prisión, todo el mundo adivinó las consecuencias.

Los Guisas querían aterrar á los hugonotes por medio de alguna terrible ejecución, y se juzgó que si no los cinco consejeros, cuando menos Anne Dubourg estaba perdido.

Desde el día siguiente comenzaron á circular por París dos versos, en los cuales estaban combinados los nombres de tal modo, que ya era manifiesta la suerte que esperaba al jefe de la oposición hugonote.

Aquella quintuple prisión causó una especie de estupor en París que repercutió inmediatamente por todas las ciudades de Francia, y especialmente en las provincias del Norte.

Sin temor de equivocarnos, creemos que la causa principal de la conspiración de Amboise, y de todas las turbulencias que ensangrentaron el suelo de Francia durante cuarenta años, fué la prisión de aquel hombre honrado.

He aquí por qué nos detenemos tanto en este primer capítulo en todos los hechos históricos que constituyen la base sobre la cual está formado este nuevo libro que empezamos á escribir, con la confianza de que será acogido por nuestros lectores con la simpatía y el afecto á que nos tienen acostumbrados.

Quince días después de aquella prisión, ó sea el 25 de junio, tercer día del torneo que el rey daba en el castillo de Tournelles, cerca de aquella misma Bastilla donde los consejeros presos podían escuchar los clarines y trompetas y los rumores de la fiesta, el rey llamó al capitán de su guardia escocesa, á aquel mismo conde de Montgomery que, ayudado de M. Chavigny, redujo á prisión á los cinco consejeros, ordenándole que marchase inmediatamente contra los luteranos de Caux-les-Tournois.

Los detalles de aquella orden eran realmente horribles. El conde de Montgomery estaba autorizado para pasar á degüello á cuantos estuvieran acusados de herejía, de sujetarles á la cuestión del tormento, cortarles la lengua y quemarles á fuego lento, y á los que no se considerasen más que sospechosos, únicamente se les arrancarían los ojos.

Cinco días después que el rey Enrique II había dado esta comisión á su capitán de la guardia escocesa, el mismo conde de Montgomery alcanzó al rey con su lanza en el torneo y le dió muerte.

La impresión que produjo este acontecimiento fué tan grande, que positivamente merced á ella se salvaron cuatro de los cinco consejeros presos y se dilató la ejecución del quinto.

Uno de los cinco fué absuelto, otros tres condenados á una multa, Anne Dubourg únicamente debía pagar por todos. ¿Acaso no era él quien había llevado la palabra, oponiéndose á la voluntad soberana?

Si los Guisas eran los ardientes promovedores de estos edictos, uno de sus más fervientes ejecutores era el hipócrita presidente Antonio Minard, á quien hemos dejado vacilante en la vieja calle del Temple, sobre una mula famélica, en medio de los gritos, de las injurias y de las amenazas de una muchedumbre indignada.

Y cuando dijimos que, á pesar de la corta distancia que le separaba de su casa, no tenía gran confianza de llegar á ella, nada exageramos, porque el día anterior, en plena mañana, había sido muerto de un pistoletazo un escribano del Parlamento llamado Julián Fresne, que se dirigía al Palacio con una carta, según decían, del duque de Guisa, para su hermano el cardenal de Lorena, excitándole para que precipitase la condena de Dubourg.

Como no se había encontrado el autor de aquella muerte, era lógico que el suceso estuviera muy presente en la memoria del presidente, y que el espectro del pobre escribano asesinado la víspera, le pareciera que lo llevaba consigo á la grupa.

Y este compañero de viaje era el que hacía que el presidente estuviera tan pálido y que espolcara furiosamente al pobre animal que le servía de cabalgadura, y que no podía caminar más deprisa.

Sin embargo, llegó sano y salvo á su casa, y por cierto que lo hizo muy á tiempo.

Porque la multitud, irritada de su silencio, que no era más que el resultado de su terror, pero que ella lo tomaba como signo de desprecio, aproximándose poco á poco hacia él, manifestaba sus intenciones de arrastrarle.

Apenas hubo entrado en su casa el presidente Minard,

con gran satisfacción de su familia, quedó la puerta bien atrancada con barras y cerrojos.

Y tanta turbación había producido en aquel digno caballero el peligro que acababa de arrostrar, que dejó olvidada en la calle á la pobre mula, lo que jamás le había sucedido, por más que pagando muy bien el animal, éste no valía más allá de veinte sueldos parisies.

Y fué una gran suerte para él dejar olvidada su mula, porque el buen pueblo parisiense, que pasa tan pronto de la amenaza á la risa y de lo terrible á lo grotesco, viendo que se le dejaba alguna cosa, se contentó con ella, y tomó la mula en lugar del presidente.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

II

EL SANTO DEL PRESIDENTE MINARD

No debemos preocuparnos mucho de la alarma que hubiera causado en su familia el retraso del digno presidente Minard, ni creemos que tampoco les interese gran cosa á nuestros lectores; por lo tanto, entraremos resueltamente en el comedor, donde todos estaban reunidos para celebrar la fiesta onomástica del presidente, y donde acababa de servirse la comida.

Fijémonos un momento en los convidados, que después nos ocuparemos de su conversación.

Ninguno de ellos hubiera excitado las simpatías de un observador inteligente.

Era el conjunto de todas las fisonomías insignificantes ó tontas que suelen encontrarse en todas las clases de la sociedad.

Cada uno de los miembros de la familia del presidente Minard reflejaba en su rostro los pensamientos que le agitaban, y estos pensamientos adivinábase que vagaban entre las tinieblas de la ignorancia ó en las oscuridades de la vulgaridad.

Dominaba en unos el sórdido interés, en otros el vil egoísmo, en otros la estúpida avaricia, y en todos el servilismo y la bajeza.

Así es que, al contrario de la multitud que, á semejanza de los esclavos tras el carro del triunfador romano, acababa de gritar al presidente: "Acuérdate que eres mortal", los

miembros de aquella familia, reunidos por el motivo que hemos indicado, no esperaban más que una palabra suya para felicitarle por la parte tan brillante que había tenido en el proceso de su colega y para beber por el dichoso resultado de este proceso, es decir, por la condenación á muerte de Anne Dubourg.

Minard, dejándose caer sobre su sillón, dijo, pasándose el pañuelo por la frente:

—Os aseguro, amigos míos, que la sesión de hoy ha sido bien tempestuosa.

Como si estas palabras hubieran sido para los comensales una señal, todos á la vez se confundieron en encomiásticas exclamaciones.

En nombre de todos, uno de sus sobrinos tomó la palabra y dijo:

—Callad, grande hombre, no habléis; reposad y permitidnos que enjugemos el sudor que baña vuestra noble frente. El día de hoy, aniversario de vuestro nacimiento, lo es tan glorioso para vuestra familia como para el Parlamento, de quien sois una de las más brillantes lumbreras. Todos nos hemos reunido aquí para celebrar un día tan glorioso. Recobrad fuerzas, bebed un vaso de este viejo Borgoña, é inmediatamente beberemos todos á la conservación de vuestros preciosos días. Pero, en nombre del cielo, no vayáis á cortar el hilo de vuestra preciosa existencia por ninguna imprudencia. Vuestra familia os suplica que os conservéis para ella, que conservéis á la Iglesia uno de sus apoyos más firmes y á la Francia uno de sus más ilustres hijos.

Tras este discurso, el presidente Minard, con los ojos llenos de lágrimas, trató de responder, pero las secas manos de la presidenta y las gruesas de sus hijas le taparon la boca, impidiéndole que hablase.

Por fin, después de algunos minutos de reposo, se le concedió el uso de la palabra, y todas las miradas se fijaron ansiosas en el presidente, y hasta los mismos criados se agolparon á las puertas á fin de no perder una palabra de las que pronunciase tan elocuente varón.

—Amigos míos, dijo, hermanos, parientes, mi virtuosa y querida familia, cuánto os agradezco vuestras pruebas de cariño y vuestros elogios, de los cuales me creo digno, porque puedo decir sin orgullo, ó si lo preferís con un noble

orgullo, que sin mí, sin mi persistencia y sin mi tenacidad, en este momento el hereje Anne Dubourg estaría libre como sus cómplices de Poix, La Fumée, Dufaur y de La Porte; pero gracias á mi voluntad enérgica, la partida se ha ganado, y he conseguido, continuó alzando los ojos al cielo en señal de gratitud, he conseguido, gracias á Dios, la condena de ese miserable hugonote.

—¡Oh! ¡viva! exclamaron á la vez todos los individuos de aquella familia alzando los brazos al cielo. ¡Viva nuestro ilustre pariente! ¡Viva el que jamás se ha engañado! ¡Viva el perseguidor implacable de los enemigos de la fe! ¡Gloria eterna al gran presidente Minard!

Y los criados detrás de la puerta, la cocinera en los fogones y el palafrenero en la cuadra, todos repitieron:

—¡Viva el gran presidente Minard!

—¡Gracias, amigos míos, gracias! dijo el presidente con voz conmovida; pero dos hombres, dos grandes hombres, dos príncipes, tienen derecho á su parte en las alabanzas que me prodigáis. Sin ellos, sin su apoyo, sin su influencia, no habria podido llevar á feliz término este glorioso negocio. Esos dos hombres son monseñor el duque de Guisa y su eminencia el cardenal de Lorena. Después de haber bebido á mi salud, bebamos á la suya, y que Dios conserve los días de esos dos grandes hombres de Estado.

Se bebió á la salud del duque de Guisa y del cardenal de Lorena, pero la esposa de Minard observó que éste no hacía más que aproximar el vaso á sus labios, dejándole después sobre la mesa como si un recuerdo doloroso le ocupara.

—¿Qué tenéis, amigo mío? le preguntó; ¿de qué procede esa súbita tristeza?

—¡Ay! No existe triunfo completo ni alegría cumplida. Un recuerdo doloroso me asalta en estos momentos.

—¿Qué recuerdo es ese, querido esposo?

—En el momento en que bebía por la conservación de los días del duque de Guisa y de su hermano, he recordado que ayer fué asesinado un hombre, portador de un mensaje de su parte.

—¿Un hombre? exclamaron todos.

—Sí, uno de los escribanos del Parlamento.

—¿Cómo! ¿Uno de los escribanos ha sido asesinado ayer?

—Sí por cierto.

—¿Quién ha sido?

—¿Conociáis á Julián Fresne?

—¡Ya lo creol dijo uno de los parientes.

—Un celoso católico, añadió otro.

—Un hombre muy honrado, añadió un tercero.

—Yo le encontré ayer cuando salía del palacio de Guisa, según me dijo.

—Pues bien, cuando llegaba al puente de Nuestra Señora, siendo portador de un despacho del duque de Guisa para su hermano, despacho que debía serme comunicado, le asesinaron.

—¡Jesús! exclamó la presidenta; ¡qué horror!

—¡Un mártir más! repitió en coro la familia.

—¿Pero se habrá cogido al asesino?

—No se sabe quién es.

—¿Pero tampoco se sospecha?

—Más que sospechar, se tiene la certidumbre.

—¿La certidumbre?

—¿Quién queréis que sea, sino un amigo de Dubourg?

—Es verdad, un amigo de ese hereje debe ser, repitió toda la familia.

—¿Pero están presas algunas personas?

—Un centenar. Yo solamente he designado más de treinta.

—Malo había de ser si entre ese número no estuviera el asesino.

—Y si no está, se cogerán ciento, doscientas, trescientas personas más...

—¡Bribones! dijo una señorita de diez y ocho años; es necesario quemarlos á todos.

—Eso es lo que deseo, respondió el presidente, y el día en que se haya decretado la muerte en masa de todos los protestantes, será un gran día para mí.

—¡Oh! ¡qué honrado y que bueno sois, amigo mío! dijo la presidenta con los ojos llenos de lágrimas.

Las dos hijas de M. Minard abrazaron á su padre.

—¿Y se sabe lo que contenía la carta del duque?

—No, respondió Minard, y esto es lo que hoy nos ha preocupado. Pero se sabrá mañana, porque el cardenal de Lorena verá esta noche á su hermano.

—¿De modo que entonces la carta ha sido robada?

—Sin duda. Es lo más probable que el pobre Julián

Fresne haya sido asesinado por ser portador de esa carta. El asesino la habrá cogido y habrá escapado. Todos los arqueros andan buscándole; los soldados del señor de Mouchy están desde esta mañana en campaña; pero hasta las cinco de esta tarde no se tenía ninguna noticia de él.

En este momento entró una criada anunciando á M. Minard que un desconocido, que llevaba la carta robada la vispera por un asesino á Julián Fresne, deseaba hablarle inmediatamente.

—¡Oh! ¡que entre en seguida! exclamó el presidente lleno de alegría. Es Dios quien recompensa mi celo por su santa causa poniendo en mis manos esa preciosa carta.

Cinco minutos después la criada introducía al desconocido, y M. Minard veía entrar un joven de veinticuatro á veinticinco años, con los cabellos y la barba rubia, la mirada viva y penetrante y pálido el rostro, el cual, cediendo á la invitación del presidente, fué á sentarse al otro lado de la mesa, frente á él.

Era el mismo joven á quien oímos en el prólogo, dirigiéndose á los asesinos de su amigo Medardo, que no pasaría mucho tiempo sin que se oyera hablar de él.

Era Roberto Stuart.

El joven saludó con la sonrisa en los labios á toda la concurrencia, y se sentó, como hemos dicho, teniendo al presidente delante y la puerta de la estancia á la espalda.

—Caballero, dijo dirigiéndose al dueño de la casa, ¿es al señor presidente Antonio Minard á quien tengo el honor de hablar?

—Sí, señor, respondió el presidente, sorprendido de que hubiese una persona tan ignorante que no conociera en su rostro que él era aquel célebre personaje por quien preguntaba. Yo soy el presidente Minard.

—Muy señor mío, continuó el desconocido, y si os hice esta pregunta, que quizás os haya parecido indiscreta, comprenderéis, por lo que he de deciros, lo que importaba evitar una equivocación.

—¿De qué se trata, caballero? preguntó el magistrado. Se me ha dicho que veníais á entregarme la carta que llevaba el desgraciado Fresne cuando fué asesinado.

—Me parece, repuso el joven, que han ido demasiado lejos al deciros que os entregaría esta carta. Os la remitiré ó la guardaré, según la respuesta que deis á la petición

que voy á tener la honra de haceros. Debéis comprender que para obtener la posesión de un documento tan importante he debido arriesgar mi vida, y esto no se hace sin que medie en ello un gran interés. Vos, tan habituado á leer en el corazón humano, ya sabéis que es verdad. En su consecuencia, tengo el honor de repetiros, á fin de que después no exista ninguna mala inteligencia, que no os entregaré esta carta si no me satisface la respuesta que deis á mi petición.

—¿Y cuál es esa petición?

—Señor presidente, en una instrucción bien ordenada cada cosa ha de llegar á su tiempo. Oportunamente conoceréis mi petición.

—¿Pero traéis esa carta?

—Miradla.

Y el joven sacó de su bolsillo un pliego sellado que mostró al presidente.

La primera idea que á éste se le ocurrió fué la de hacer una señal á sus parientes, que escuchaban aquella conversación llenos de sorpresa, para que se arrojaran sobre el desconocido, le quitaran la carta, enviándole después á las prisiones del Chatelet con las cien personas arrestadas por el asesinato de Fresne.

Pero, aparte de la energía y el valor que se retrataban en el semblante del joven, en que se veían todos los caracteres de una voluntad llevada á lo infinito y que podía hacer desgraciada una lucha con aquel hombre, pensó que, merced á su habilidad y á su astucia, sacaría mejor partido que empleando la violencia.

Para conseguir su objeto, puesto que se trataba de un joven de porte distinguido, le invitó á que comiese con ellos, toda vez que había de ser larga su conversación.

Pero el joven se negó con gran delicadeza.

Le invitó á beber, pero obtuvo la misma negativa.

—Hablad entonces, dijo el presidente, y puesto que no queréis aceptar nada, con vuestro permiso continuaremos cenando, porque os aseguro que estoy desfallecido.

—Cenad, caballero, y que os haga muy buen provecho. El relato que he de haceros es bastante largo, puesto que entrelazados con el asunto principal hay otros varios que debéis conocer. Por lo tanto, comed mientras yo hablo.

—Como gustéis, repuso el presidente.

Y haciendo una señal á su familia, todos se pusieron á comer con el mejor apetito.

—Ya habréis comprendido, caballero, dijo el desconocido lentamente entre el ruido de los tenedores y de los cuchillos que cada uno moderaba todo lo posible para no perder una palabra de la conversación; ya habréis comprendido, repito, por mi acento que soy extranjero.

—En efecto, dijo el presidente con la boca llena, debéis ser inglés sin duda.

—Cierto, y vuestra perspicacia ordinaria no os ha engañado en esta ocasión. He nacido en Escocia y allí continuaría si un acontecimiento, que no es del caso referir, no me hubiese obligado á venir á Francia. Un paisano mío, discípulo entusiasta de Knox...

—Un hereje inglés, ¿no es verdad, caballero? preguntó Minard sirviéndose un vaso lleno de Borgoña.

—Mi querido maestro, respondió el desconocido inclinándose.

El presidente miró á todos sus compañeros con una expresión que parecía decirles: «Escuchad, escuchad que vais á oír cosas buenas».

Roberto Stuart continuó:

—Uno de mis compatriotas, entusiasta discípulo de Knox, como he dicho, estaba hace pocos días en una casa donde voy también algunas veces, y se hablaba de la condena á muerte del consejero Anne Dubourg.

La voz del joven temblaba al pronunciar estas palabras, y su palidez se acentuó mucho más.

Sin embargo continuó sin que su voz pareciese participar de la alteración de su rostro, con mayor motivo viendo fijas sobre él las miradas de toda la concurrencia.

—Mi compatriota, prosiguió, solamente al escuchar el nombre del sentenciado palidecía visiblemente, como quizás yo en este momento, y preguntó á las personas que hablaban de aquella condena si sería posible que el Parlamento cometiera una injusticia tan grande.

—Supongo, caballero, le interrumpió el presidente un tanto amostazado, que no ignoraréis que estáis hablando con un individuo de ese mismo Parlamento.

—Perdonad, señor, repuso el escocés, era mi compatriota quien se expresaba así, y no lo hacía delante de un miembro del Parlamento, sino de un escribano llamado Julián

Fresne, asesinado ayer, y el cual tuvo la imprudencia de decir delante de mi compatriota que él tenía una carta del señor duque de Guisa ordenando al Parlamento que terminase cuanto antes el asunto de Anne Dubourg despachándole á la mayor brevedad.

Al escuchar mi paisano estas palabras, de pálido que estaba se tornó lívido, y dirigiéndose á Fresne le hizo toda clase de instancias y de ofrecimientos para que no llevara aquella carta á su destino, manifestándole que si Dubourg era condenado á muerte, una parte de la responsabilidad por aquella muerte recaería sobre él. Pero Fresne á nada quiso acceder.

Mi compatriota se marchó de allí y fué á esperar al escribano á la puerta de la calle, y cuando hubo salido y andado algunos pasos, se acercó á él, diciéndole en voz baja y con persuasivo acento, pero al mismo tiempo con la mayor firmeza:

—Julián Fresne, te doy de plazo para que reflexiones toda la noche; pero si mañana á esta misma hora persistes en realizar tu deseo, ten presente lo que te digo, serás muerto.

—¡Hola! ¡hola! exclamó el presidente.

—E igualmente, prosiguió el escocés, morirán todos cuantos directa ó indirectamente hayan contribuido á la condena de Anne Dubourg.

M. Minard no pudo menos de estremecerse, porque era imposible apreciar, por la contextura de la frase, si las últimas palabras fueron dichas á Fresne por el compatriota del escocés ó si éste se las decía al presidente.

—¿Sabéis que es un bribón vuestro compatriota, caballero? dijo á Roberto Stuart, observando que su familia no esperaba más que una palabra suya para expresar su indignación.

—¡Un verdadero bribón! exclamaron todos.

—No comprendo bien, repuso el joven con la mayor sangre fría, como escocés que soy, el verdadero valor de la palabra que habéis pronunciado y que han repetido vuestros parientes, y por lo tanto continuaré mi relato.

Y saludando á toda la familia, que de mala gana le devolvió el saludo, prosiguió:

—Mi compatriota marchó á su casa; pero como que no le fué posible descansar, salió de nuevo á la calle y se fué á pasear por delante de la casa de Fresne.

Así pasó toda la noche y todo el siguiente día hasta las tres de la tarde sin pensar en beber ni en comer, sosteniéndole únicamente el deseo de cumplir la palabra que había dado, porque mis compatriotas, prosiguió el escocés acentuando de un modo marcado estas palabras, podrán ser bribones, como habéis dicho, pero no puede negárseles el mérito de que cuando dan una palabra la cumplen siempre. A las tres salió el escribano, y mi compatriota le fué siguiendo hasta que se convenció de que iba á llevar la carta. Entonces se adelantó y le detuvo en el ángulo del puente de Nuestra Señora.

—Julián Fresne, le dijo, ¿has pensado sobre lo que te dije?

El escribano palideció, porque el escocés parecía haber salido de debajo de la tierra; pero, sin embargo, hay que hacer justicia á Fresne, contestó sencillamente:

—Sí que he pensado; pero el resultado de mi reflexión es que debo cumplir la orden que me ha dado el duque de Guisa.

—Pero el duque de Guisa no es vuestro señor para daros órdenes.

—El duque de Guisa, respondió el escribano, es no solamente mi señor, sino que lo es de Francia.

—¿Cómo?

—¿Ignoráis, caballero, que el duque de Guisa es el verdadero rey?

—Caballero, dijo mi compatriota, una discusión política sobre este asunto podría conducirnos demasiado lejos, porque no participo de ninguna de vuestras opiniones; así es que vuelvo al asunto principal: ¿Estáis dispuesto á llevar esa carta á su destino?

—Como que voy á entregarla ahora mismo.

—¿Es decir que la lleváis encima?

—Sí, señor, contestó el escribano.

—En nombre de Dios vivo, dijo mi compatriota, renunciad á llevar esa carta.

—No puedo, dentro de cinco minutos estará entregada.

—Pues bien, dijo mi compatriota, ni tú ni tu carta llegaréis al palacio.

Y sacando una pistola, disparó sobre Julián Fresne, que cayó muerto. Recogió la carta causa de aquel asesinato, y mi compatriota continuó poco á poco su camino con la con-

ciencia tranquila, porque acababa de matar á un miserable para salvar á un inocente.

Entonces le llegó el turno al presidente de volverse verde y amarillo, de encarnado que estaba. Gruesas gotas de sudor bañaban su frente.

El mayor silencio reinaba en la estancia.

—¿Sabéis que hace un calor extraordinario? dijo Minard, ¿no os parece, amigos míos?

Algunos de ellos se levantaron para abrir la ventana, pero el escocés hizo un movimiento á la par que decía:

—No os molestéis, señores; yo abriré la ventana para dar aire al señor presidente; pero como dos aires le podrían ser perjudiciales, abriré la ventana y cerraré la puerta.

Y, efectivamente, hizo la primera operación, y echó la llave á la puerta volviendo á sentarse frente á su interlocutor.

En los movimientos que acababa de operar habíase entrecubierto un poco la capa del escocés, y pudo verse que debajo de ella llevaba, como arma defensiva, una cota de malla de finísimo acero, y como armas ofensivas, dos pistoles en la cintura y una espada corta al costado.

Sin inquietarse porque se hubiera visto que no iba prevenido, volvió á sentarse, como hemos dicho, separado únicamente del presidente por el ancho de la mesa.

—¿Qué tal, señor presidente? le dijo, ¿cómo os encontráis?

—Un poco mejor.

—Me alegro mucho.

El silencio que reinaba en la estancia era extraordinario.



### III

#### EL FINAL DE LA FIESTA

El joven, una vez que hubo tomado asiento, continuó:

—Mi compatriota guardó la carta, y, temeroso de que le siguieran, huyó por la calle de Montmartre, ganó los cuarteles desiertos de la Grange-Bateliere, y una vez allí pudo leer tranquilamente la carta del señor duque de Guisa. Entonces advirtió, lo mismo que yo he advertido después al leerla, que á esta carta iba adjunto un decreto del rey Francisco II, como vais á ver cuando os la lea, porque estando abierta la carta, mi amigo se creyó con derecho á enterarse de su contenido á fin de llevarla, si era necesario, á su destino con todos los miramientos debidos á la persona que la firmaba.

Por segunda vez el escocés sacó la carta de su bolsillo, la desplegó y leyó lo siguiente:

«A nuestros amigos y presidente en la corte del Parlamento de París, abogados y procuradores de dicho lugar.

»De parte del rey,

»Sabed, que hemos visto con gran disgusto las dilaciones en la marcha y expedición del proceso pendiente en nuestra corte del Parlamento contra los consejeros detenidos por el delito de religión, y sobre todo en el del consejero Dubourg, y como descamos que se resuelva con la mayor prontitud, os mandamos y recomendamos expresamente que, dejando á un lado cualquier otro negocio, pro-

cedáis inmediatamente á la resolución del susodicho proceso, sin sufrir ni permitir que se prolongue más, de manera que podamos mostrarnos más satisfechos de lo que estuvimos hasta ahora.

»Firmado: FRANCISCO.

»Y más abajo: DE LAUBESPINE.

—¡Cómo, caballero! exclamó el presidente Minard, sintiéndose fortalecido por la lectura de un documento que prestaba tanta fuerza á la sentencia que acababa de pronunciar, ¿tenéis una carta semejante desde esta mañana?

—Dispensad que en gracia de la verdad os diga que padecéis un error. Esta carta está en mi poder desde las cuatro de ayer tarde.

—Razón de más para que me sorprenda de que hayáis tardado tanto en entregarla.

—Os repito, caballero, prosiguió el joven guardándose la carta, que ignoráis todavía á qué precio la he obtenido y lo que quiero por entregarla.

—Pues hablad pronto, dijo el presidente, y formulad vuestro deseo respecto á la recompensa que exigís por una acción que, después de todo, no es más que el cumplimiento de un deber.

—No es un deber tan sencillo como creéis, replicó el joven. La misma razón que hizo desear á mi compatriota que la carta no fuese llevada al Parlamento existe todavía, y ya sea porque el consejero Anne Dubourg está tan íntimamente relacionado con mi compatriota que su muerte le causara un dolor inmenso, ya sea que la injusticia del Parlamento le parezca un crimen odioso y que entonces su persistencia por guardar la carta proceda del deseo que tiene todo hombre honrado de impedir la comisión de un acto infame, ó cuando menos de retardarlo si no lo puede evitar, ha jurado no entregar esta carta sino cuando tenga la seguridad de que Anne Dubourg queda libre, ó en otro caso matará á todos cuantos se opongan á la libertad del consejero. Aquí tenéis la razón de la muerte de Julián Fresne, no precisamente porque considerase culpable á persona de tan ínfima representación como el escribano, sino porque ha querido demostrar á otros que ocupan posición más elevada, que no habiendo puesto reparo alguno en deshacerse de los

pequeños, no ha de mostrarse más indulgente con la vida de los grandes.

En este instante el presidente sintió deseos de hacer abrir la segunda ventana, porque por cada cabello de su peluca rubia caía una gota de sudor.

Pero como aquello no era un remedio suficiente á su emoción, se contentó con dirigir una mirada á sus convidados como pidiéndoles su parecer sobre la conducta que debía seguir con aquel escocés que tenía un amigo tan terrible.

Pero, como sucede en estos casos, los convidados hicieron, como vulgarmente se dice, oídos de mercader, rehusando comprender la pregunta de su pariente, temerosos de que cayera sobre ellos toda una legión de escoceses.

Minard comprendía muy bien que todo un presidente del Parlamento, el hombre que acababa de proclamarse el más firme sostén de la fe, no podía dejar pasar todas aquellas amenazas sin ponerles el oportuno correctivo.

Pero: de qué modo había de ser éste?

Si se levantaba de la mesa y, en contra de sus costumbres, pretendía apoderarse del escocés, se exponía á que éste, adivinando su proyecto, le hiciera una caricia con la espada ó le alojara una bala en el pecho, lo cual tenía muy poco de agradable para él, y que esto sucedería no podía dudarse dada la enérgica expresión del escocés.

Esta idea, si se ocurrió á la mente del digno señor Minard, hemos de decir que se desvaneció en seguida, como una nube difumada por el viento, comprendiendo que, después de todo, había mucho que perder y poco que ganar.

Y entre las cosas que había que perder estaba su vida, á la cual quería mucho el presidente, pretendiendo conservarla todo el mayor tiempo posible.

Pero ¿cómo salir de aquel mal paso?

Únicamente se le ocurrió el medio que ciertas personas emplean con los perros feroces, es decir, acariciarlos y halagarlos.

Una vez tomada esta resolución, dijo:

—Vamos á ver, caballero; en vuestro modo de expresaros, en vuestro semblante lleno de inteligencia, en vuestro aspecto distinguido, puede afirmarse desde luego que no sois uno de esos hombres vulgares, es más, que sois un caballero en toda la extensión de la palabra.

El escocés se inclinó silenciosamente.

—Pues bien, continuó el presidente, puesto que hablo

con una persona bien educada y no con un hombre fanático como vuestro compatriota, me permitiréis que os diga que un hombre solo y por su sola apreciación no tiene el derecho de juzgar la conducta de sus semejantes. Una multitud de consideraciones pueden alucinarle, y como que cada uno no puede ser juez en su propia causa, es por lo que los tribunales se han instituido. Admito, desde luego, que vuestro compatriota haya obrado con entera conciencia de lo que hacía, pero no podréis menos de convenir conmigo que si cada uno se creyese en el derecho de hacerse justicia, no habría una razón, por ejemplo, para suponer, y esto no pasa de ser una suposición, que vos, participando de las opiniones de vuestro compatriota, no habría razón, repito, para que vos, una persona bien educada y de verdadero valor, vinierais á mi casa para quitarme la vida en el seno de mi familia, bajo el pretexto de que no aprobáis la condena del consejero Dubourg.

—Señor presidente, dijo el escocés, que en el fondo de aquel discurso no veía más que la pusilanimidad de Minard, permitidme que os diga, como se dice en el Parlamento, que os separáis de la cuestión como si en lugar de ser un presidente fueseis un simple abogado.

—Yo creo, por el contrario, que estamos en la cuestión, dijo Minard recobrando algún aplomo desde el momento que el diálogo entraba en una forma que le era habitual.

—Permitidme que os diga, repuso el escocés, que ahora os habéis dirigido á mí directamente, y la cuestión hasta ahora ha sido de mi amigo, toda vez que en su nombre he venido á preguntaros: «Señor presidente Minard, ¿creéis que sea condenado á muerte el consejero Dubourg?»

La respuesta era muy sencilla, toda vez que el consejero Dubourg había sido condenado ya una hora antes, por lo cual el digno presidente había recibido las felicitaciones de su familia.

Pero como que Minard contaba con que la sentencia no sería conocida hasta el siguiente día y que no confesándose la al escocés quizás recibiría por parte de éste alguna felicitación, continuó el sistema que había creído prudente adoptar.

—¿Qué queréis que os diga? repuso. Yo no puedo manifestaros la opinión de mis compañeros. Todo lo más que yo podría hacer era deciros la mía.

—En tanto estimo la vuestra que me importa poco la de vuestros compañeros. La vuestra es la que deseo conocer.

—¿Y de qué os servirá?

—Me servirá para conocerla, repuso el escocés, resuelto á obligar al presidente á que hablase.

—¿Pero Dios mío! dijo éste; ¡si mi opinión respecto al asunto de que se trata la tengo formulada hace mucho tiempo!

El joven miró fijamente á M. Minard, que bajó los ojos y continuó lentamente como comprendiendo la necesidad de pesar bien el valor de cada una de sus palabras.

—Es muy doloroso, dijo, condenar á muerte á un hombre que, además de otros títulos para merecer la estimación pública, es un compañero, casi un amigo; pero vos mismo lo habéis visto por esa ordenanza del monarca: la corte no espera más que el fin de ese desgraciado proceso para respirar y poder ocuparse de otros asuntos. Es necesario concluir, y no dudo que si el Parlamento hubiese recibido ayer la orden de Su majestad, el desgraciado consejero á quien yo me veo obligado á condenar como hereje, pero á quien quiero sinceramente como hombre, habría sufrido el castigo hoy, ó estaría muy cerca de sufrirlo.

—De modo que ha servido de algo que mi amigo matara ayer á Julián Fresne.

—De bien poco. Es un pequeño retraso y nada más.

—Pero es un retraso de un día; son veinticuatro horas de respiro dadas á un inocente, y en veinticuatro horas pueden cambiar las cosas.

—Pero observo, caballero, que vos habláis siempre del consejero Dubourg como de un inocente.

—Hablo bajo el punto de vista de Dios, caballero, dijo el escocés señalando al cielo.

—Sí, dijo el presidente; pero bajo el punto de vista de los hombres es distinto.

—¿Y creéis, señor Minard, que aun bajo el punto de vista de los hombres el procedimiento sea sincero?

—Tres obispos le han condenado, tres obispos han dado la misma sentencia.

—¿Esos obispos no eran á la vez jueces y partes en la causa?

—Sí, señor. Y pueden serlo. Por otra parte, ¿cómo un hugonote se ha dirigido á los obispos católicos?

—¿Pues á quién había de dirigirse, caballero?  
 —Esa es una cuestión muy grave y llena de dificultades.  
 —Por esa razón el Parlamento ha resuelto cortarla.  
 —Eso es, respondió el presidente.  
 —Pues bien, caballero, mi compatriota se ha imaginado que á vos os pertenece toda la gloria de esa condena.

Minard no pudo menos de comprender el ridículo que iba á arrostrar si negaba, cuando precisamente acababa de vanagloriarse delante de sus deudos de aquella condena.

Les miró á todos como tratando de que le prestasen aliento, y dijo:

—Pues bien, caballero; sincero como siempre, debo manifestar que en esta circunstancia no he tenido más remedio que sacrificar, al cumplimiento de mi deber, la amistad verdaderamente tierna que me unía con mi colega Dubourg.

El escocés lanzó una exclamación de disgusto.

El presidente Minard, un tanto impaciente, dijo:

—Parece que os ha disgustado lo que acabo de decir. Lo siento; pero esa es la verdad. Y ahora que os la he dicho, ¿podréis contestarme dónde vamos á parar con esta conversación?

—Nos aproximamos ya al final.

—¿Qué importa á vuestro compatriota la influencia que yo haya podido tener en la determinación del Parlamento?

—Le importa muchísimo.

—¿Por qué?

—Porque mi compatriota cree que siendo vos quien ha hecho el daño, vos le podéis remediar.

—No os comprendo, balbuceó el presidente.

—Es muy sencillo: en vez de usar vuestra influencia para la condena, usadla para el perdón.

—Pero si ya está condenado vuestro consejero Dubourg, dijo uno de los sobrinos, impaciente por la prolongación de aquel diálogo, ¿cómo queréis que mi tío consiga su perdón?

—¡Condenado! gritó el escocés; ¿el consejero Dubourg está condenado?

El presidente dirigió á su sobrino una mirada llena de espanto.

Pero el joven no se apercibió de la mirada y continuó:

—Sí, señor, condenado esta misma tarde. ¿No es eso, tío? ¿no nos lo habéis dicho así hace poco, ó es que yo he entendido mal?

—Habéis entendido bien, caballero, repuso el escocés explicándose perfectamente el silencio de Minard.

Después se volvió á éste, añadiendo:

—¿De modo que esta tarde ha sido condenado el consejero Dubourg?

—Sí, señor, repuso el presidente con voz sorda.

—Y ¿á qué se le ha condenado? ¿á una multa acaso?

Minard no respondió.

—¿A prisión? volvió á preguntar el joven.

El presidente siguió callando.

A cada pregunta del escocés palidecía su semblante; á la última sus labios estaban lívidos.

—¿A muerte? preguntó por fin Roberto.

El presidente hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Pues bien, dijo el escocés, mientras un hombre no está muerto no hay que desesperar, y, como decía mi amigo, puesto que vos hicisteis el mal, vos debéis hacer el bien.

—¿Cómo?

—Pidiendo al rey la anulación de la sentencia.

—Pero caballero, dijo Minard que á cada paso encontraba un precipicio, aun cuando yo tuviera intención de hacer ese favor á mi colega y amigo, el rey no lo consentiría.

—¿Por qué razón?

—Porque esa carta que habéis leído indica claramente su voluntad.

—En apariencia.

—¿Cómo en apariencia?

—La carta del rey iba unida, como he tenido el honor de deciros, á otra del duque de Guisa dirigida al cardenal de Lorena, su hermano, carta que no leí antes y que voy á leeros ahora.

Y el joven sacó otra vez los papeles que se había guardado y leyó la carta del duque de Guisa, que decía así:

«Hermano mío: Por fin puedo remitiros la carta de Su majestad. Se la he podido arrancar con grandes esfuerzos y casi me he visto obligado á poner la pluma entre sus dedos para que escribiera esas nueve letras de que se compone su nombre. Parece que hay cerca de Su majestad algún amigo desconocido de ese condenado hereje. Despachad pronto, no

sea que el rey vuelva sobre su decisión y el consejero condenado obtenga el perdón.

»Vuestro respetuoso hermano,

»FRANCISCO DE GUISA.

»17 de diciembre del año de gracia 1559.»

Una vez terminada la carta, dijo el escocés:

—¿Habéis entendido bien, caballero?

—Sí, señor.

—¿Queréis que vuelva á leer esta carta para que os entereis mejor?

—Es inútil.

—¿Queréis asegurarnos de la autenticidad de esta carta?

—Os creo perfectamente.

—¿Y qué os parece de esto?

—Que el rey vacilaba en escribir, pero que por fin ha escrito.

—Pero ha escrito contra su voluntad, y si un hombre como vos, por ejemplo, señor presidente, va á decir á ese niño coronado que se llama rey: «Señor, hemos condenado al consejero Dubourg por la religión, pero es necesario que Vuestra majestad le perdone por la justicia», el rey, á quien el duque de Guisa ha llevado la mano para hacerle escribir las nueve letras de su nombre, otorgará la gracia que le reclaméis.

—¿Y si mi conciencia se opone á que haga lo que me pedís? dijo el presidente tratando de reconocer el terreno.

—Os rogaría en ese caso que os recordarais del juramento que hizo mi amigo, al dar muerte á Julián Fresne, de matar igualmente á todos los que más ó menos hubieran contribuido á la condenación del consejero.

En este momento es seguro que la sombra del escribano asesinado, como el cristal de una linterna mágica, debió pasar por la pared del comedor; pero el presidente volvió la cara al otro lado para no verla y dijo:

—Es insensato lo que me decís.

—¿Por qué, señor presidente?

—Porque venís á amenazarme á mí, á un magistrado, en mi misma casa y en el seno de mi familia.

—Ha sido con objeto de que en las consideraciones mismas de la casa y de la familia encontréis un sentimiento de

piEDAD hacia vos mismo, ya que en vuestro corazón no existe respecto á los demás.

—Me parece que, en lugar de arrepentiros y de excusaros, continuáis amenazándome.

—Ya os he dicho, caballero, que el que dió muerte á Julián Fresne juró también la de todos aquellos que se opusieran á salvar la vida de Anne Dubourg, y que, temeroso de que se dudara de su palabra, mató al escribano para que sirviera de saludable advertencia á los que estaban más altos. ¿Pediréis al rey la gracia de Anne Dubourg? Os exijo que me contestéis en nombre de mi amigo.

—¿Me exigís que responda en nombre de un asesino, de un ladrón? exclamó el presidente exasperado.

—Reparad que yo no os pido sino que contestéis sí ó no.

—¿Únicamente eso?

—Nada más.

—Pues bien, decid á vuestro escocés, prosiguió el presidente fuera de sí por la sangre fría del que le interrogaba, decid á vuestro escocés que hay un hombre que se llama Antonio Minard, un presidente del Parlamento, que ha jurado la muerte de Anne Dubourg, y que ese presidente, que no tiene más que una palabra, lo probará mañana.

—Pues bien, caballero, respondió sin hacer un gesto y sin dar signo de emoción alguna Roberto Stuart, repitiendo casi las mismas palabras: hay un escocés que ha jurado la muerte del señor Antonio Minard, presidente del Parlamento, que este escocés no tiene más que una palabra y que lo prueba en este instante.

Y al decir esto, Roberto Stuart, que había descolgado uno de los pistoletos y que le armó sin ruido, antes que nadie pudiera impedirlo apuntó á boca de jarro á M. Minard y disparó.

El presidente cayó al suelo. Estaba muerto.

Otra familia que no hubiese sido la del presidente habría tratado sin duda de coger al asesino; pero lejos de esto, todos los convidados no pensaron más que en su propia seguridad, escapando unos conforme pudieron, dando gritos desesperados, mientras que los otros se metían bajo la mesa llenos de espanto.

Fué una derrota general, y Roberto Stuart, encontrándose casi solo en el comedor, se retiró lentamente sin que nadie se preocupara por detenerle.

LOS MONTAÑESES ESCOCESSES

Cuando Roberto salió de la casa del presidente Minard eran las ocho de la noche, y la calle Vieja del Temple estaba completamente desierta.

El joven exclamó al verse en la calle:

—¡Van dos!

Sin duda aludía á la promesa que un día hiciera para vengar á su infortunado amigo Medardo.

Una vez que hubo llegado á la plaza de la Greve, donde tenían lugar las ejecuciones de los condenados á muerte, dirigió sus miradas hacia el lugar donde solía levantarse el patíbulo, y murmuró:

—Aquí es donde Anne Dubourg recibirá la muerte si el rey no le perdona. ¿Y cómo obligar al rey á que conceda ese perdón?

Y pensando sin duda en esto, se alejó de aquel sitio profundamente pensativo.

Entró en la calle de la Tannerie y se detuvo ante una puerta sobre la cual había un letrero que decía: *A la espada de Francisco I.*

Parecía que estaba dispuesto á franquear la entrada, cuando se detuvo casi en el mismo umbral diciendo:

—No. Esto sería una locura. Dentro de diez minutos estarán aquí los arqueros y... Vamos á casa de Patrick.

Y cruzó rápidamente la calle y el puente de Nuestra Señora, dirigiendo, al pasar, una mirada al sitio donde el día

anterior dió muerte á Fresne, cruzando muy de prisa la Cité y el puente de San Miguel, hasta que llegó á la calle del Battoir-Saint-André.

Allí, como había hecho en la calle de la Tannerie, se detuvo delante de una puerta que tenía una muestra como aquélla, que decía: *Al cardo escocés*.

—Aquí es, dijo, donde vive Patrick Macpherson; sí, allá, en el último piso, una pequeña habitación donde pasaba los días que no estaba de guardia en el Louvre.

Cuando iba á empujar la puerta, se abrió ésta, dando paso á un hombre vestido con el traje de los arqueros de la guardia escocesa.

—¿Quién va? dijo el arquero, que casi tropezó con el recién llegado.

—Un compatriota, repuso éste en el idioma patrio.

—¡Roberto Stuart! exclamó el arquero.

—El mismo, querido Patrick.

—¿Qué casualidad te trae á esta hora por mi calle y á la puerta de mi casa? dijo Patrick estrechando la mano de su amigo.

—Vengo á pedirte un favor.

—Habla, pero de prisa.

—¿Tienes qué hacer?

—Bien á pesar mío. En el Louvre se toca llamada á las nueve y media en punto y las nueve están dando en la parroquia de San Andrés.

—He aquí de lo que se trata, amigo mío. El último edicto me ha obligado á dejar mi casa.

—¡Ah! sí, comprendo. Perteneces á la religión y te hacen falta dos buenos católicos que respondan por ti.

—Y que no tengo tiempo para buscarles y que aun cuando les buscase es fácil que no les encontrase. En su consecuencia, corro el riesgo de ser preso esta noche vagando por las calles de París. ¿Quieres partir conmigo tu habitación durante dos ó tres días?

—Durante dos ó tres noches y todas las noches del año, si te acomoda; pero lo que es por el día, es distinto.

—¿Por qué?

—Porque, repuso con cierto aire de vanidad el arquero, porque desde que no nos hemos visto he tenido la suerte de hacer una conquista.

—¡Tú!

—Esto te sorprende ¿eh?

—No por cierto; pero me contraría en estos momentos.

Roberto no pensaba pedir explicación alguna á su compañero, pero el amor propio de éste no era por cierto muy discreto; así fué que dijo Patrick al cabo de un instante:

—Sí, amigo mío; la esposa de un consejero del Parlamento me ha hecho el honor de enamorarse de mí y espero de un día á otro que venga á verme.

—¡Diablo! Entonces no he dicho nada.

—¿Y por qué dices eso? ¿Tomas acaso la confianza que acabo de hacerte por una negativa? Yo supongo que un día ú otro la esposa del consejero me haga la honra de subir hasta mi habitación. Ese día con marcharte estamos fuera del paso. Si así no sucede y esa honesta señora, como dice Brantome, no viene, te estás aquí hasta que te de la gana. ¿Te conviene este arreglo?

—Sí por cierto, repuso Roberto, á quien parecía contrariar en gran manera tener que renunciar á su plan. Acepto con reconocimiento tu oferta, y deseo que se me presente ocasión en que poderte hacer un servicio de mayor cuantía.

—¡Calla, hombre! Entre amigos, entre compatriotas, entre escoceses, no se habla de reconocimiento. Pero... espera.

—¿Qué?

—Se me ocurre una idea, dijo Patrick dándose una palmada en la frente.

—Veamos esa idea.

—Amigo Roberto, puedes prestarme un gran favor.

—¡Un gran favor!

—Sí, inmenso. Solamente que...

—¿Qué? Acaba.

—¿Crees que tenemos la misma estatura?

—Poco más ó menos.

—¿Y somos tan gruesos uno como otro?

—Sí, por cierto.

—Ven aquí fuera, para que yo pueda verte á la luz de la luna.

Roberto siguió á su amigo.

—¿Sabes que llevas un colete magnífico? continuó Patrick separando la capa de su amigo.

—No tanto, repuso éste.

—Y está nuevo.

—Como que le compré hace tres días.

—Un poco oscuro, prosiguió Patrick; mas ella verá en esto la intención de sustraerme á las miradas indiscretas.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, amigo Roberto, que mientras la dama en cuestión me mirá con muy buenos ojos, su marido lo hace de un modo muy distinto. Tanto, que cada vez que ve pasar por delante de su casa un arquero de la guardia, le dirige miradas llenas de ira, y ya comprenderás las miradas que echaría viendo este uniforme en las escaleras de su casa.

—Ya me lo figuro.

—Por esta razón, la esposa del consejero me ha dicho que no ponga los pies en su casa vestido con mi uniforme. De donde resulta que desde que anochece estoy pensando de qué medio valerme para adquirir un traje que pueda reemplazar ventajosamente al mío. El tuyo, aunque un poco oscuro, me parece á propósito para mi objeto. Hazme el favor de prestármelo mañana, y ya me arreglaré yo de modo que no tenga necesidad de él en los días sucesivos.

Las últimas palabras del escocés, que demostraban esa suprema confianza en sí mismo que poseían y que poseen todavía sus compatriotas, hizo sonreír á Roberto.

—Mi traje, mi bolsa y mi corazón son tuyos, dijo; pero ten presente que probablemente tendré que salir mañana, y en este caso me hace falta el traje.

—¡Demonio!

—Como el filósofo antiguo, llevo sobre mí cuanto poseo.

—Esto sí que es una contrariedad.

—Que me desespera.

—Y cuanto más miro tu jubón, dijo Patrick, más me parece que está hecho para mí.

—Lo cual ya es una ventaja, dijo Roberto.

—¿Y no habrá ningún medio para remediar este inconveniente?

—Yo no sé verlo. Sin embargo, tú que eres hombre de imaginación, busca por tu parte.

—Uno hay, dijo Patrick después de un momento.

—¿Cuál?

—A menos que el marido de tu querida no tenga el mismo horror por los arqueros de la guardia escocesa que el marido de la mía.

—Yo no tengo querida, Patrick, dijo Roberto con acento sombrío.

—Pues en ese caso, dijo el arquero, la cuestión de traje ha de serte indiferente.

—Por completo.

—Entonces, una vez que yo tomo el tuyo, toma tú el mío.

—¿Qué has dicho? preguntó Roberto, como si no comprendiera lo que decía su amigo.

—Supongo que no tendrás repugnancia en vestir el uniforme escocés.

—Ninguna.

—Pues bien, si una necesidad imperiosa te obliga á salir, ponte mi uniforme.

—Tienes razón.

—Él te proporcionará, además, fácil entrada en el Louvre.

Roberto se estremeció de placer.

—Esa es mi ambición, dijo sonriendo.

—Pues bien, hasta mañana.

—Hasta mañana, dijo Roberto Stuart estrechando la mano de su amigo.

Éste le detuvo cuando se iban á separar.

—Olvidas una cosa, le dijo.

—¿Cuál?

—Verdaderamente no es muy útil. La llave de mi habitación, dijo Patrick.

—Pues es verdad; dámela.

Se la entregó Patrick; volvieron á estrecharse la mano los dos amigos, y se separaron, dirigiéndose Patrick al Louvre y Roberto á la habitación de aquél.

Dejemos al primero penetrar en la regia morada, donde llegó á tiempo de pasar lista, y sigamos á Roberto, que después de vacilar algunos momentos encontró por fin la puerta de Patrick.

Un resto de fuego en la chimenea iluminaba la habitación del joven guardia.

Estaba amueblada con lo más indispensable: una cama muy limpia, un baúl, dos sillas de paja y una mesa sobre la cual, en un candelero de barro, había una vela de sebo.

Roberto cogió un ascua, y á fuerza de soplar consiguió que brotara la llama, y encendió la vela.

Hecho esto se sentó delante de la mesa, y apoyando la frente en sus manos se puso á reflexionar.

—Eso es lo mejor, dijo después de un rato; voy á escribir al rey.

Y se levantó.

Sobre la chimenea encontró un tintero y pluma, pero á pesar de las pesquisas que hizo no pudo encontrar una hoja de papel.

Sin duda su camarada había empleado la última en escribir á la esposa del consejero.

—He aquí, dijo sentándose de nuevo y con acento desolado, que por la falta de un pedazo de papel no puedo escribir al monarca.

Efectivamente que el apuro era grande, porque estaban dando las diez y en aquella época á semejante hora estaban ya cerradas todas las tiendas.

Pero de pronto se acordó de la carta del rey que llevaba consigo, la sacó y escribió en el reverso de ella lo siguiente:

«Señor:

»La condena del consejero Anne Dubourg es inicua é impía.

»Hay empeño en que Vuestra majestad esté ciego, y se le obliga á derramar la sangre más pura que hay en su reino.

»Señor, un hombre os grita en medio de la multitud: Abrid los ojos y ved el fuego que los verdugos y los ambiciosos hacen brotar en todos los sitios de Francia.

»Señor, abrid los oídos y escuchad los gemidos que se exhalan de la plaza de la Greve y que suben hasta el Louvre.

»Escuchad y ved, señor, y cuando hayáis visto y oído, entonces es muy seguro que perdonaréis.»

El escocés leyó esta carta después que la hubo escrito, y la dobló en sentido inverso para que quedase visible la hoja en que acababa de escribir, pues ya hemos dicho que lo hizo en el reverso de la carta del rey.

—Y ahora, dijo después, ¿de qué medio me valdré para hacer que esta carta entre en el Louvre? ¿Esperaré á Patrick hasta mañana? Sería demasiado tarde, y además correría peligro de ser arrestado como mi cómplice. Demasiado del expongo aceptando su hospitalidad. ¿Qué hacer?

Se asomó á la ventana como buscando una idea.

Hemos dicho que la noche era demasiado buena para ser una noche de diciembre.

Roberto pidió al aire fresco, al cielo estrellado y á la noche silenciosa un consejo sobre lo que había de hacer.

Desde la ventana de Patrick se veían las torrecillas del palacio del rey.

La torre de madera, situada á la extremidad de este palacio, casi enfrente de la torre de Nesle, alzándose entre el río y el patio interior del Louvre, se le apareció de repente magníficamente dibujada á los fantásticos resplandores de la luna.

A la vista de esta torre pareció á Roberto que había encontrado el medio que buscaba, y guardándose la carta apagó la vela, se envolvió en la capa y descendió rápidamente la escalera.

Pocos días antes se había publicado una orden que prohibía el paso por el Sena desde las cinco de la tarde.

Eran las diez de la noche y no había que pensar en cruzar el río por medio de las barcas.

Roberto volvió á cruzar el puente de San Miguel, dejó á su izquierda la calle de la Barillerie á fin de no arriesgarse con los centinelas de palacio, y por el puente de Nuestra Señora entró en el laberinto de calles que podían conducirle al Louvre.

Desde el reinado de Francisco I el Louvre estaba rodeado de piedras, andamios y materiales de construcción.

De piedra en piedra, de foso en foso y costeano el Sena, Roberto llegó á cien pasos de la gran puerta del palacio, y después acercóse á la torre Nueva.

Vió dos ventanas que estaban iluminadas, y cogiendo una piedra ató á ella la carta con la cinta de su sombrero, retrocedió dos ó tres pasos y, procurando medir perfectamente la distancia, lanzó la piedra á una de las ventanas iluminadas que había en el primer piso.

El ruido de los vidrios rotos y el movimiento que pareció percibirse en la cámara á consecuencia de este ruido, le demostraron que su mensaje había llegado, y que si no le recibía el rey no sería por falta de mensajeros.

—Perfectamente, dijo; ahora esperemos. Mañana sabremos si mi carta ha producido su efecto.

Al retirarse miró á su alrededor á fin de asegurarse de que no había sido visto; pero los centinelas que se distin-

guian á lo lejos continuaban su mesurado paseo, demostrando con esto que de nada se habían apercibido.

Por el mismo camino regresó Roberto á la casa de su amigo, con la seguridad de que no había sido observado por nadie.

Pero se engañaba por completo.

Había sido visto y oído por dos hombres que á cincuenta pasos de él, en uno de los ángulos de la torre Nueva y ocultos en la oscuridad proyectada por dicha torre, hablaban de un modo que no les impedía ver y oír lo que pasaba á su alrededor, mas no para demostrar que hubiesen visto y entendido.

Estos dos personajes eran el príncipe de Condé y el almirante de Coligny.

Veamos de qué trataban aquellos dos ilustres caballeros que no parecían preocuparse por las piedras que se arrojaran á las ventanas del Louvre en hora tan avanzada de la noche.

## V

### AL PIE DE LA TORRE NUEVA

«Ahora, dice Brantome en su libro de *Capitanes ilustres*, hablemos de un gran capitán, aun cuando tenga grandes defectos.»

Nosotros hacemos como Brantome, si bien seremos algo más justos con Gaspar de Coligny, señor de Chatillón, que lo fué el cortesano del duque de Guisa.

En otros dos libros nuestros nos hemos ocupado extensamente del ilustre defensor de San Quintín; pero quizás algunos de nuestros lectores no hayan leído *La reina Margarita* ó tengan ya olvidado *El paje del duque de Saboya*, y creemos necesario, por esta razón, dar algunos antecedentes respecto á la familia del famoso *almirante*.

Y subrayamos este título porque nos parece muy extraño que sea el que designe más bien en la historia á quien llevaba nombres tan gloriosos como el de Gaspar de Coligny y señor de Chatillón.

Había nacido en 17 de febrero de 1517 en Chatillón-sur-Loing, residencia señorial de su familia.

Su padre habíase establecido en Francia después de la agregación de su provincia al reino, y ocupaba un rango muy superior en el ejército, habiendo tomado el nombre de Chatillón al hacerse propietario de aquel señorío.

Se casó con Luisa de Montmorency, hermana del condestable de quien hemos hablado con alguna frecuencia, espe-